

Todas las mujeres saben que los vestidos de dama de honor son una conspiración secreta del diablo. Por mucho que tu mejor amiga, hermana o prima te prometa que no te vestirá como la novia de Frankenstein, lo más probable es que acabes caminando por el pasillo envuelta en esa clase de tela que se usa para tapizar sofás y de un color con el que parecerá que tienes ictericia.

Pero hoy no te da pánico probarte el vestido de dama de honor. Jane es tu amiga de toda la vida y sabes que nunca te pediría que te pusieras una monstruosidad. Has visto fotos de lo que tiene pensado para ti, un vestido suelto de tirantes de muy buen gusto en un inofensivo satén azul oscuro.

—¿Champán? —pregunta una dependienta que sostiene una bandeja de copas en las que las burbujas saltan como locas.

—Sí, por favor —contesta Cee Cee, la hermana mayor de Jane y la madrina, que aparece a tu lado y toma una copa. A Cee Cee le encantan las bodas; de hecho, como es organizadora de bodas, vive de ellas. Te preocupa un poco que le pueda estar contagiando a Jane el estrés y la histeria típicas de una *bridezilla*. Casi todos los eventos que organiza hacen que la última boda real parezca una horrerada que termina en borrachera en el bar del barrio, pero hay que reconocer que es una gran organizadora.

—¿Has visto el vestido de Jane? —preguntas, al tiempo que te hundes en uno de los lujosos sillones colocados frente a una pared de espejos y una pequeña tarima diseñada para que el vestido se vea mejor.

—¡Aún no! Pero estoy impaciente —responde Cee Cee, y se acomoda en el asiento de al lado con los ojos brillantes—. ¡Vas a flipar cuando Jane te cuente lo que se me ha ocurrido para los vestidos de las damas de honor!

Eso suena muy inquietante. Estás a punto de pedirle que te dé más detalles, pero Jane sale del probador seguida de cerca por una montaña de tela y por la dueña de la tienda de novias atusando la cola del vestido.

—¡Oh, Dios mío, Jane! —exclamas.



Si el vestido de novia es magnífico, ve a la página 3



Si el vestido de novia es horroroso, ve a la página 5

El vestido de boda es magnífico

Se te corta la respiración. Está deslumbrante. El vestido es blanco y, siendo como eres su mejor amiga, ves que le aprieta un poco, pero ¡qué caray!, es su boda y puede ponerse el vestido que quiera.

Éste tiene un escote en forma de corazón, un delicado canesú y mangas de encaje y, cuando tu amiga sube a la tarima, la pared de espejos deja ver al menos dos docenas de pequeños botones de seda que le recorren la espalda entallada de arriba abajo.

No puedes creer que tu mejor amiga vaya a casarse. Fuisteis juntas a la guardería; pasasteis por la escuela primaria, luego la pubertad y después el instituto; tuvisteis juntas las primeras citas con chicos y los primeros desencuentros, y ahora va a pasar a la siguiente etapa de su vida... sin ti.

Tú te alegras muchísimo por ella, por supuesto, y Tom es un chico muy majo. Por encima de todo quieres que ella sea feliz, pero no puedes evitar sentir un poco de pena por ti misma. No es que estés desesperada por casarte... Lo que pasa es que te gustaría no tener esta sensación de que te estás quedando atrás.

—¿Qué os parece? —pregunta Jane, y se vuelve un poco hacia un lado y luego hacia el otro para hacer resaltar toda la belleza del vestido.

—No sé qué decir —balbuceas.

Cee Cee se ha levantado y va de aquí para allá en torno a Jane dando tirones a la falda larga que se extiende arremolinada y forma la cola que enteramente parece un charco de color crema detrás de ella.

—Jane, eres la novia más hermosa que he visto jamás —afirma.

Tú asientes con un nudo en la garganta.

—Muy bien, chicas —dice Jane—. Ahora os toca a vosotras.



*Para ver tu vestido de dama de honor,
ve a la página 12*

El vestido de novia es horroroso

Se te corta la respiración. Jane está horrible.

El vestido es de color blanco glaciado. Es tan blanco que te duelen los ojos al mirarlo, pero el verdadero problema es el diseño.

En ese vestido hay más pliegues, fruncidos y hombreras que en toda una temporada de *Dinastía*. El escote cae demasiado entre sus pechos y el hueco va tapado con una malla de encaje blanco. Además, tiene unas flores grandes y blancas de tela arrugada que dan la impresión de ser trabajos de plástica de una guardería que se hubieran caído por encima del canesú y la falda, la cual tiene esa medida incómoda: un par de centímetros demasiado corta para ser larga y un par de centímetros demasiado larga para ser corta.

—¡Estás absolutamente deslumbrante! ¡Es el vestido más bonito que he visto en mi vida! —exclama Cee Cee efusiva.

Miras a Cee Cee para ver si está mintiendo, pero, si miente, lo disimula muy bien. Jane te mira esperanzada.



Para decirle la verdad a Jane sobre el vestido, ve a la página 6



Para decirle una mentira, ve a la página 10

Le dices la verdad a Jane

—¿Y bien? —Jane sonrío con una mueca—. ¿Qué te parece?

Tomas una copa de champán y te la llevas a los labios. Las burbujas te hacen balbucear, pero al menos has ganado un poco de tiempo.

—Bueno... No estoy segura de que el color sea el más adecuado para ti —logras responder.

—El blanco no es un color, es un tono —salta la dueña de la tienda de novias al tiempo que se acerca con el sigilo de un tiburón.

—Entonces, ¿el problema es el color? —pregunta Jane. Se vuelve a mirar a la dueña—. ¿Lo tiene en rosa pálido? ¿O quizás en color coral?

¿Rosa? ¿Coral? Eso sería aún más horrible.

—Mmm... De hecho, ahora que lo pienso, el problema no es el color, es el estilo —comentas—. Tienes un tipo estupendo, Jane. No creo que este vestido te haga justicia.

—Pero si he venido ya a siete sesiones de prueba. Me he probado cientos de vestidos de novia. ¿Puedes ir más al grano?

Das otro trago de champán.

—Quizá sea que los volantitos son muy exagerados.

Jane se da la vuelta para mirarse en uno de los espejos de cuerpo entero.

—¿No te gusta nada? Es importante que seas sincera.

—¿De verdad?

—Del todo. Eres mi amiga de toda la vida. Puedo encajarlo.

Cee Cee te hace gestos como si se cortara el cuello y la dueña y la dependienta que sostiene la bandeja con el champán te miran fijamente con un horror manifiesto. Todo el mundo está esperando.

—De acuerdo. Mira, Jane, no hay forma de decir esto y que suene agradable, pero... —Apuras la copa y respiras hondo. Es tu mejor amiga, se merece saber la verdad—. Es horrible. Es vomitivo. Parece que llesves un pañal de alta costura.

Se hace un silencio sepulcral.

Jane te fulmina con la mirada.

—¿Cómo puedes decir eso?

Tal vez deberías haber sido más sutil. Le echas la culpa al champán.

—Lo siento. No era mi intención expresarlo así.

—¿Estás celosa? ¿Es eso? ¿Porque he encontrado a alguien a quien quiero y tú no?

¿De dónde ha sacado eso? Percibes que se puede cortar el aire con un cuchillo.

—¿Celosa? ¡No! No es justo que digas eso. Me has pedido la opinión y yo te la he dado.

—¡Lo siguiente que vas a decirme es que no debería casarme con Tom!

De hecho, no estás segura de que Tom, el prometido de Jane, sea exactamente el hombre adecuado para ella, pero quizá no sea buena idea lanzar dos bombas de honestidad el mismo día.

A Jane se le llenan los ojos de lágrimas. Se hace un largo silencio mientras ella se mira al espejo. Te preparas para recibir más recriminaciones, pero, de repente, se echa a reír.

—Parezco una princesa de Disney esquizofrénica, ¿verdad?

—O una explosión en una fábrica de merengue —añades.

Jane se ríe tontamente.

—¿En qué estaba pensando?

—¡Pues a mí me gusta! —declara Cee Cee a la defensiva, pero por una vez Jane no le hace caso.

—¿Qué te parece éste? —preguntas, y te acercas al perchero y sacas un vestido elegante de seda color marfil y estilo *vintage*—. Lo he visto antes y creo que te quedaría precioso.

—Es muy bonito —afirma Jane, y Cee Cee y tú esperáis mientras ella y la dueña desaparecen detrás de la cortina del probador.

Jane reaparece, y tanto tú como Cee Cee dejáis escapar un grito ahogado. Es un vestido precioso. Perfecto. El estilo engañosamente sencillo de mujer moderna de los años veinte tiene reminiscencias del *glamour* de *El*

gran Gatsby y da la impresión de que hubiera sido creado ex profeso para encajar en la figura esbelta de tu amiga.

—Gracias por salvarme —te dice Jane—. Bueno, ahora te toca a ti.



Para ver tu vestido de dama de honor, ve a la página 12

Mientes

¿Cómo vas a decirle la verdad a Jane? Sabes cuántas pruebas ha hecho ya, los meses que ha pasado estudiando minuciosamente los catálogos de Vera Wang y sufriendo con las páginas web de alta costura. Quizás una vez peinada y maquillada el vestido no se verá tan horrible.

—Es..., bueno..., impresionante —dices con una voz que hasta a ti te parece falsa. Nunca se te ha dado especialmente bien mentir.

Jane pone mala cara y se mira un buen rato al espejo.

—¿De verdad?

—Mmmmm. —Tomas una copa de champán y echas un trago.

Cee Cee asiente con admiración. Es un misterio que una organizadora de bodas pueda tener un gusto tan atroz.

—¿No te parece excesivo? —pregunta Jane.

—Bueno... ¿Un poquito tal vez? —respondes con un grito.

—Creía que habías dicho que era impresionante.

A decir verdad, cualquier persona con un poco de gusto sin duda quedaría impresionada al verlo. Te muerdes la lengua.

—¡Oh, por Dios! —se lamenta Jane—. Pero si parezco un merengue luchando contra un edredón. —Se

da media vuelta hacia ti—. ¡Me resulta increíble que fueras a dejarme llevar esta monstruosidad!

—Bueno... Al final te lo hubiera dicho. Me has pillado desprevenida.

—Y ahora, ¿qué hago?

La propietaria de la tienda de novias os lleva la delantera y aparece blandiendo un vestido elegante de aspecto *vintage* con un delicado bordado.

—Quizás a la señora le gustaría probarse algo así.

Jane te lanza una mirada de odio y desaparece tras la cortina.

Pero, cuando sale de nuevo, esta vez con un aspecto impresionante de verdad, tu admiración es absolutamente sincera. Jane da vueltas delante de ti y por su expresión ves que te ha perdonado.

—Ahora te toca a ti —anuncia.



Para ver tu vestido de dama de honor, ve a la página 12

*Vas a ver tu vestido de dama de honor
por primera vez*

Aparece otra dependienta con dos bolsas de vestido enormes y las cuelga en un perchero cerca de la zona de los probadores.

—¡Te va a encantar! —gorjea Cee Cee.

Echas otra mirada de soslayo a los vestidos metidos en las bolsas. Mucho te temes que entre lo que le encanta a Cee Cee y lo que te gusta a ti hay un abismo.

—Sé que te enseñé algunos como referencia —dice Jane—, y que hablamos de uno de satén azul cuando te tomamos las medidas hace unos meses, pero cuando Cee Cee y yo estuvimos eligiendo los manteles nos encontramos con esta tela preciosa que creemos que pegará muy bien con el resto.

—¿Me estás diciendo que nuestros vestidos van a estar hechos de la misma tela que los manteles? —preguntas intentando no parecer muy alarmada.

—¡Y que las servilletas! —añade Cee Cee—. ¿No es genial? Lo están haciendo todas las famosas. —Agarra su vestido con impaciencia y se mete en uno de los probadores.

Como no quieres defraudar a Jane por nada del mundo, coges el tuyo y reprimes la sensación de desastre inminente. Entrás en el probador, cuelgas el vestido en el perchero y retrocedes para echarle un vistazo. No

parece muy prometedor, pero aún albergas una semilla de esperanza y piensas que quizá no quede tan mal una vez puesto.

Te quedas en ropa interior y te dejas puestas las deportivas Converse, y luego te metes con cuidado en ese montón de tela pesada. Agarras las mangas y te peleas con el vestido, tiras de él para subírtelo por la cadera y los muslos. Es ceñido y tienes que meter tripa y dar saltitos para que te entre. Al fin, deslizas los brazos por las mangas y los llevas hacia atrás para subirte la cremallera, que se te queda atascada a media espalda. Te retuerces y tiras, pero no hay forma de que suba.

Oyes a Cee Cee fuera que dice chillando:

—¡Ya te lo dije, Jane! ¡Es perfecto! —Descorre tu cortina de golpe—. ¿Cómo te queda? —pregunta.

Te armas de valor y sales para evaluar los daños.

La verdad es que a Cee Cee, que tiene unas tetas pequeñas y respingonas y las piernas largas, el vestido no le queda demasiado mal, pero en ti es un auténtico desastre. Con esas mangas abullonadas y el escote festoneado pareces una lechera, y cada vez que respiras se desabrochan los botoncitos perlados que lleva delante. Y qué me dices del color. Jane prometió que no te haría llevar ningún tono de rosa caramelo, pero este color —que Cee Cee insiste en que es albaricoque, pero más bien parece el color de una *mousse* de salmón rancia— es casi peor. Y para rematar la fealdad: tiene un estam-

pado espigado. Se te pasa por la cabeza la posibilidad de inventarte un misterioso accidente para él. Algo que tenga que ver con un *tsunami* y con un restaurante de curry podría valer.

La dueña de la tienda y la modista se abalanzan sobre ti. Una te empuja los pechos para volver a meterlos en las copas del vestido y la otra te da tirones en la espalda y consigue subirte la cremallera con el resultado de que los botones que quedaban en el canesú se te abren hasta la cintura.

—Me temo que no me va muy bien. —Expones lo que es a todas luces evidente.

—Estoy segura de que podrán arreglarlo. ¿Podréis arreglarlo, verdad? —Jane se vuelve a mirar a la costurera, y su voz alcanza esa frecuencia ultraelevada a la que sólo llegan las novias histéricas. La mujer parece dudar, pero acto seguido tanto ella como la propietaria empiezan a moverse a tu alrededor con afán, tirando de la tela y las costuras mientras tú te dejas hacer con la esperanza de que justo cuando empiece la boda todos los asistentes sufran una ceguera temporal.

Por fin terminan. Sales como puedes de la horrible prenda, te vistes y te reúnes con las demás.

Cee Cee te mira entrecerrando los ojos.

—No me has dicho a quién vas a traer a la boda.

—Sí, lo siento —dices—. Aún no lo he decidido.

Jane y Cee Cee cruzan una mirada.

—Pero si es la semana que viene —te recuerda Jane—. ¿Me lo puedes decir antes de esta noche? El calígrafo tiene que hacer las tarjetas para las mesas.

¿Calígrafo? ¡Madre mía! Ésta no es la Jane preocupada que conoces y a la que quieres. La verdad es que no has decidido a quién vas a pedir que sea tu acompañante. Y a Jane ni siquiera le has hablado aún de Steve.

Lo conociste en Internet (de los que se pusieron en contacto contigo, era uno de los pocos que no tenía un apodo arrogante que incluía el número 69) y tienes que admitir que si aparecieras con él causarías conmoción. Steve posee esa clase de atractivo que provoca tortícolis. Y ahí está el problema. En la única cita que has tenido con él, estuviste tan atareada intentando descubrir dónde estaba la trampa que apenas tuviste oportunidad de llegar a conocerlo.

De todos modos, es una gran mejora respecto a algunos de los tipos con los que has salido últimamente. Tiene una dentadura perfecta, se rió de tus bromas y, cuando fuisteis a tomar un café rápido después de la película, se pasó con la propina del camarero (eso siempre es buena señal). Y, mejor aún, no se mostró avasallador ni empalagoso, y al final de la velada se despidió con un beso de buenas noches casto, pero emocionante. ¿Es demasiado bueno para ser verdad?

O podrías ir sola. No iba a pararse la boda porque

no estuvieran emparejados todos los invitados. Sabes que, a pesar de su pánico a casarse, lo único que Jane quiere es que seas feliz, con pareja o sin ella. Y la preocupación de Cee Cee se limita a las necesidades alimenticias de tu acompañante, el pie que calza y si su personalidad es adecuada para sentarse al lado de la abuelita sorda de la novia o del tío borrachín del novio.

—Será mejor que me vaya —dice Jane—. Tengo una reunión con DJ Salinger.

—¿Con *quién*? —preguntas.

—El *disc-jockey* para la recepción. Dicen que está como un tren.

—Y yo mejor que salga hacia el aeropuerto. Esta tarde llegan Bruno y la chica que lo acompaña —explica Cee Cee—. Es la primera vez que vuelve a casa desde hace años.

—¿Bruno va a traer a una chica a la boda? —dices, y recuerdas las burlas constantes a las que te sometía el hermano de Jane y Cee Cee cuando erais niños—. ¿Quién es esa mujer, una especie de masoquista?

Jane se ríe.

—Bruno ha cambiado, te sorprenderás.

—¡Ja! —exclamas—. ¿Recuerdas cuando me quemó el pelo? No creo que pueda superarlo nunca.

Os despedís y sales de la tienda de novias un poco deprimida. Después de ese catastrófico vestido de dama

de honor, necesitas animarte. Le mandas un mensaje de emergencia a tu amiga Lisa, que te responde en cuestión de segundos y promete comprar comida para llevar y una botella de vino de camino a tu casa.

* * *

Lisa se echa el último culín de vino en la copa y se mete en la boca el último trozo de pan hindú.

—¡Bodas! —dice—. ¿Por qué la gente hará todas esas chorradas?

Suspiras.

—Se supone que es el día más importante de tu vida.

Lisa resopla.

—Más bien el día más estresante de tu vida. La industria entera es una conspiración entre una organizadora de bodas gigantesca y una floristería. —Se pasa una mano por el pelo de color rosa. Es una suerte que Jane no le pidiera que fuera dama de honor porque entraría en terrible conflicto con los nuevos conjuntos de pesadilla y el colorido de la decoración—. Bueno, cuéntame más cosas sobre ese tal Steve.

—No hay mucho que contar —respondes—. Parece agradable.

Tu amiga hace una mueca.

—¿Agradable? ¡Uf! Suena aburrido. —A Lisa no le va lo agradable... ni lo aburrido. Su última novia fue

una publicista con más *piercings* y tatuajes que una convención de moteros.

Te suena el móvil con un mensaje de Jane: «¿Acompañante? ¡¡¡¡NECESITO SABERLO!!!!»

¿Qué haces? ¿Acaso la boda de tu mejor amiga es el mejor lugar para una segunda cita con Steve? Está claro que él encaja en el papel: es guapo y educado, y si lo llevaras evitarías que los parientes de Jane te bombardearan con preguntas sobre tu vida amorosa. Pero no sabes si estás de humor para pasarte toda la boda haciendo de niñera de un tipo al que apenas conoces, presentándoselo a todos y explicando cómo os conocisteis. Y en realidad no quieres contarle a todo el mundo que sólo has salido una vez con él. Quizá podrías evitar dar detalles sobre ese punto. Pero lo más importante es: ¿de verdad quieres que Steve te vea con ese espantoso vestido de dama de honor? Es probable que después del susto salga huyendo para siempre.

Tal vez sea mejor que vayas sola a la boda. Al fin y al cabo, Lisa también va a ir sola y, pese a su cinismo nupcial, es muy divertido pasar el rato con ella. Si vas sola podrás soltarte la melena con Lisa y no tendrás que agobiarte por si tu acompañante se está divirtiendo o no. Y nunca sabes con quién podrías encontrarte en la boda... ¿No comentó algo Jane sobre que el *disc-jockey* estaba muy bueno?



*Si quieres llevar a Steve a la boda como tu acompañante,
ve a la página 20*



Si quieres ir a la boda sola, ve a la página 176